

letrados tuvieron su apóstol en el ilustre orador de Roma (1); para ellos consistió la santidad en ser ciceroniano, es decir, en hablar la lengua de Cicerón (2). La nueva secta fué tan orgullosa como la Ciudad Eterna y tan intolerante como la Iglesia: apartarse en lo que quiera que fuese del estilo de Cicerón, emplear una palabra de que él no se había servido, era una herejía (3). En este respecto, el cristianismo mismo era una herejía, ó, por lo ménos, para conciliarse con las exigencias de los ciceronianos debía revestir las formas ciceronianas. Los santos de la Edad Media no habrían reconocido la religión del Cristo en el lenguaje del cardenal Bembo: para hablar de la elevación de un papa, decía que era deudor de ella á los dioses *inmortales*; si se trataba de la Santa Virgen, el príncipe de la Iglesia la designaba bajo el nombre de *diosa*; llamaba al Espíritu Santo *soplo del céfiro celeste*; trasformaba al Hijo de Dios en *Minerva salida de la frente de Júpiter*. El cardenal ciceroniano agregaba á estas vanidades de erudito un verdadero desden de los libros sagrados: habiendo encontrado en una ocasión al piadoso y sabio *Sadoletto* ocupado en traducir la *Epístola á los Romanos*, le dijo: "Deja esas puerilidades; tales inepticias no convienen á un hombre grave" (4).

El disfraz de la religión cristiana influyó en el fondo de las creencias: haciéndose pagana la forma, amenazaba hacerse también pagano el fondo. Oigamos á un orador católico hablando de la muerte de Jesucristo delante del papa Julio II y de los cardenales: la mitad de su sermón versó sobre las hazañas del pontífice guerrero; el predicador le comparó á Júpiter lanzando el rayo y haciendo temblar la tierra á una señal de su cabeza. Trató despues de excitar la piedad de sus oyentes haciendo una pintura de los sufrimientos de Jesús; pero ¿cómo había de conmover á los demás, cuando él mismo quedaba frío? Quiso luego el orador exaltar lo que había de glorioso en la santa muerte del Cristo, y recordó, al efecto, á los Decios y á los Curcios, que se habían sacrificado por la república, y habló de todos los personajes paganos que antepusieron á su propia vida la salud de su

patria. Deploró, por último, la ingratitud de los hombres: Jesucristo, en premio de sus beneficios, fué ultrajado por los Judíos y condenado á una muerte ignominiosa. Por lo demás, no dijo siquiera una palabra sobre la caída del hombre que había hecho necesario aquel gran sacrificio, ni sobre la redención del género humano: la muerte del Hijo de Dios aparece puesta al nivel de la muerte de Sócrates (1).

No se equivocaba, pues, Erasmo al decir que los letrados, "cristianos de nombre y paganos de corazón, preferían los dioses de Homero á Jesucristo" (2). Había en eso un peligro real para el cristianismo. Un papa que quedó extraño á la preocupación de los letrados consideró como una verdadera herejía la predilección de los humanistas por la civilización antigua: Paulo II se ensañó con la *Academia romana* fundada por *Pomponio Laetius*. No se contentaban los académicos con renunciar á sus nombres de bautismo para decorarse con nombres romanos; se les acusaba de rechazar el cristianismo como una mezcla de engaños y de errores. *Tiraboschi*, el sabio historiador de la literatura italiana, trata de lavar de esta mancha al Renacimiento, á riesgo de comprometer la autoridad del soberano pontífice (3). Difícil es pronunciar un fallo sobre la culpabilidad de los individuos; pero es lo cierto que la tendencia general de los humanistas de Italia era anticristiana. Uno de los espíritus más entusiastas de aquella época de entusiasmo, *Ficino*, atestigua que la incredulidad se producía bajo el manto de la literatura: "Los poetas, dice, tratan de fábulas los misterios, y los filósofos los desprecian como cuentos de viejas" (4). Los letrados tenían buen cuidado de ocultar sus sentimientos, porque estaban siempre encendidas las hogueras para los herejes; y, sin embargo, se producía á veces la incredulidad en extrañas manifestaciones: *Lorenzo Valla* no se contentó con atacar la donación de Constantino; se atrevió á decir que había en su carcaj flechas contra el mismo Mesías (5).

Una idea singular que se enlaza con las creen-

(1) ERASMI *Ciceronianus* (Op., t. I, p. 975): "Ciceroni inter apostolos in Calendario meo locum dedi."

(2) ERASMI *Ciceronianus* (Op., t. I, p. 974): "Quis non malit apud posteros celebrari Ciceronianus quam sanctus?"

(3) ERASMI *Epis. DCCCXIV* (Op., t. III, p. I, p. 1025).

(4) BAYLE, v. "Beabus.—BURIGNY, *Vie d'Erasme*, t. I, p. 301.

(1) ERASMI *Ciceronianus* (Op., t. I, p. 983).

(2) ERASMI (Op., t. I, p. 972, 998, 999. *Comp. Epist. CCVII* (Op., tomo III, 1, p. 189); *Epist. DCCCXIX*, p. 1021.

(3) TIRABOSCHI, *Storia della letteratura italiana*, t. VI, p. I, página 109, 112.

(4) FICINO, *Epist.*, lib. VIII, t. I, p. 899.

(5) BAYLE, en la palabra *Laurent Valla*.

CAPÍTULO IV.

EL RENACIMIENTO Y EL PAGANISMO.

Erasmo dice que en Italia era el Renacimiento un verdadero paganismo (1). Esta influencia de las letras en las creencias de los humanistas era debida al carácter del genio italiano tanto como al prestigio de la literatura antigua. En Italia no ha tenido jamás el cristianismo la intimidad, la espiritualidad que le prestó la raza germánica en el Norte de Europa; ha sido siempre una religión exterior para el pueblo y un instrumento de dominación para el clero. El paganismo había dejado raíces demasiado profundas en las almas para que la religión del Cristo implantara en ellas su exaltado espiritualismo, de lo cual resultó que el catolicismo estuvo siempre mezclado con sentimientos paganos. ¿Se creería que en el siglo XVI profesara un letrado de Rávena que era verdad todo lo que decían los poetas griegos y latinos, y que se debían creer sus fábulas con preferencia á los misterios del cristianismo? (2). Cuando salieron de sus tumbas en el siglo XV los grandes genios de

Grecia y de Roma, encontraron eco en las tendencias de la raza italiana. De ahí aquel entusiasmo por las letras antiguas que tuvo las apariencias de una nueva religión. Sucedió con la antigüedad en el siglo XV lo que con la filosofía en el siglo XVIII; que cuando una idea se apodera fuertemente del espíritu de una generación se convierte en un culto, en una religión.

El patriotismo italiano jugó también su papel en este movimiento de los espíritus. En el siglo XV, la Italia, desmembrada, dividida, era una presa fácil para los Bárbaros del Norte; que los Italianos se obstinaban en calificar de bárbaros á los pueblos que bien pronto debían sobrepujarlos en civilización. El estudio de la antigüedad vino á consolarlos de su decadencia presente, mostrándoles su pasado lleno de gloria. Italia había sido en otro tiempo la señora del mundo; la lengua de Roma había sido la de todo el Occidente; y esta lengua, olvidada ó adulterada, seguía siendo la de la raza italiana. ¿Cómo extrañar que el entusiasmo por la grandeza romana se convirtiera en un culto para un pueblo que brilla por la imaginación? Los

(1) ERASMI *Epist. DCCXLVI* (Op., t. III, 1, p. 863).

(2) GLABER RADULPHUS, *Chronica*, en BOUQUET, t. X, p. 23.

cias de la época nos muestra cuán debilitada estaba la fe en la divinidad del Cristo. Estaba en gran boga la astrología; que cuando la religión se va, ocupa su plaza la superstición. Se creía que los astros gobernaban todas las cosas, y, por consecuencia, que todo cambiaba como la faz del cielo. ¿Era la religión lo único inmutable en medio de la movilidad universal? No había ninguna razón para creerlo, una vez admitido aquel principio. Enseñaban los astrólogos que el planeta de Júpiter producía las diversas religiones por su conjunción con los demás planetas; y como sólo se conocían seis á más de Júpiter, no podía haber más que seis religiones; el cristianismo, que era la quinta, debía ceder el puesto á la sexta, que reinaria bajo el Antecristo (1). ¡Así dejaba el cristianismo de ser una verdad revelada é inmutable, para quedar sometido á la influencia de los astros! Llevóse la irreverencia hasta hacer su horóscopo, y se auguró que tocaba á su fin: "Los milagros cesan, dice Pomponacio; no se hacen ya sino falsos milagros; la hora de la consumación se acerca." (2). Esta doctrina, que envilece la religión, no se explica sino por la decadencia del espíritu religioso. La fe, según Pomponacio, es cosa de imaginación, y por esto tiene tanto imperio sobre los pueblos que se hallan en su infancia. Admitía también el filósofo italiano que los reveladores pueden muy legítimamente engañar á los hombres (3). Hé aquí la degradante con-

(1) J. PICI MIRANDULE, de *Astrol.*, v, 17 (Op., t. 1, p. 391).

(2) POMPONAT., de *incantat.* 12, p. 286.

(3) POMPONAT., de *incantat.* 4, p. 51 y sig.; de *immortal.* 14, página 103 y siguientes.

cepción del siglo XVIII que considera la religión como una invención del sacerdocio para explotar la credulidad humana.

Véase, pues, á lo que condujo el paganismo de los letrados italianos. No hay que tomar al pie de la letra lo que Erasmo y después de él los historiadores del Renacimiento decían de la reversion de los humanistas á la religión de Homero: el peligro no estaba en el politeísmo, sino en la incredulidad. Anterior al Renacimiento, tomó la incredulidad una extensión peligrosa bajo la influencia de la antigüedad resucitada. La libertad de espíritu, alimentada por la literatura antigua, se volvió contra la religión de la Edad Media; este movimiento ha continuado hasta los tiempos modernos: hoy todavía la mayor parte de los letrados son paganos; á lo ménos en el sentido de que están fuera del cristianismo. Pero este lado negativo del Renacimiento no debe tomarse como su esencia. Cuando el entusiasmo se apodera de generaciones enteras, se puede asegurar que algo más que la incredulidad las mueve, porque el espíritu humano no vive de negaciones, vive de la fe. En el siglo XVIII parecía que la humanidad iba á hacerse atea; pero nada de eso: la fraternidad, la igualdad y la libertad se elevan á una nueva religión. Así, en el siglo XV podía creerse que la humanidad volvía á los altares de Júpiter; mas, léjos de eso, aspiraba á una religión más amplia que la estrecha ortodoxia de la Edad Media. Estas aspiraciones hácia lo porvenir constituyen la gloria del Renacimiento.

CAPÍTULO V.

EL RENACIMIENTO Y LO PORVENIR.

Los grandes hombres son los que dirigen su mirada hácia lo porvenir é impelen en esa dirección á los pueblos; y asimismo las revoluciones que se señalan en los anales de la humanidad son las que realizan un progreso. Tal fué la Reforma, aunque pretendía volver al cristianismo primitivo, y tal fué también el Renacimiento, á pesar de la excesiva admiración que tributaba á la antigüedad pagana. ¿Cuál es el rasgo característico del Renacimiento bajo el punto de vista religioso? La expansión de las ideas y de los sentimientos. Ciertamente es que la mayor parte de los humanistas se creían católicos; pero su catolicismo difería totalmente del sombrío catolicismo de la Edad Media como del facticio catolicismo de nuestro siglo. Á pesar de sus pretensiones de universalidad, el catolicismo es una religión estrecha; reprueba todas las otras formas religiosas, y condena, por consecuencia, á los hombres y á los pueblos que están fuera de la Iglesia. En el siglo XV se producen sentimientos más humanos. No es posible una Iglesia exclusiva sino mientras los hombres viven aislados: durante siglos no conoció la Edad Media otra religión que la

del Cristo, porque los Judíos eran demasiado odiados para que los fieles pudieran reportar beneficio de comunicar con ellos. Mas desde que los cristianos entraron en colisión con los sectarios de Mahoma, se trasformaron sus creencias: surgieron dudas sobre la verdad de la revelación al contacto de una revelación rival, y se quebrantó la fe fuera de la cual se suponía que no había salvación. Así nació una cierta tolerancia de la lucha más intolerante de que hace mención la historia. Y, sin embargo, nada había en el mahometismo que pudiera seducir á la inteligencia; que ya declinaba la civilización árabe cuando comenzaron las grandes guerras entre el Oriente y el Occidente. Una influencia tan bienhechora y mucho más poderosa y duradera ejerció el Renacimiento de Grecia y de Roma: no era una religión lo que salía de la tumba, era la más brillante de las literaturas. ¿Y cuál era el espíritu de las letras antiguas? La libertad del pensamiento que contrastaba con aquella recelosa ortodoxia de la Edad Media que no tenía más que hogueras para los que se apartaban del dogma oficial; la transición de aquella opresión intelectual